



Antony Beevor

La batalla de

Creta

La batalla de Creta, se ocupa de la épica resistencia del pueblo de Creta contra el invasor alemán, y lo hace con su rigor y talento literario al que nos tiene acostumbrados. En Mayo de 1941, tras la invasión de Grecia y Yugoslavia, Hitler ordenó la ocupación de Creta, la isla más meridional del Egeo, para culminar la campaña del Mediterráneo oriental y proteger los yacimientos de petróleo rumanos de la amenaza de los bombardeos aliados.

Los nazis lanzaron un espectacular despliegue aerotransportado sobre Creta en el que intervinieron 500 aviones de transporte y, por lo menos, otros tantos entre bombarderos y cazas. Los ingleses no consiguieron rechazar la invasión y la caída de Creta supuso una de las inflexiones más críticas de la segunda guerra mundial porque privó a los aliados de una base fundamental y permitió a los alemanes proteger su flanco sur para iniciar la invasión de la Unión Soviética.

Para Artemis

Agradecimientos

Al poco tiempo de indagar, comprendí que no hay que desanimarse cuando alguien nos advierte de que tiene pocas cosas interesantes que contar. Aunque a veces tenga un vacío en sus recuerdos —lo que Paddy Leigh Fermor llama «una herida en las circunvoluciones cerebrales infligida por el almirante Alzheimer»—, quien promete pocas sorpresas suele ser quien, a menudo tan sorprendido personalmente como quien los escucha, recuerda súbitamente, con una tremenda claridad, incidentes e individuos que se remontan a medio siglo. Sin estos relatos y reflexiones, el presente libro habría resultado sumamente anodino.

Ante todo, debo dar las gracias a las siguientes personas: Mikis Akumianakis, el difunto lord Caccia, Dennis Ciclítica, sir Geoffrey Cox, Gottfried Emrich, Xan Fielding, Ron Fletcher, el general de división Michael Forrester, Hugh Fraser, los profesores Nicholas Hammond y Freiherr von der Heydte, Myles Hildyard, el general de brigada R. W. Hodson, lord Hollenden, sir David Hunt, el teniente general sir Ian Jacob, Manolis Kugumtzakis, Patrick Leigh Fermor, Manos Manusakis, el coronel Guy May, sir Charles Mott-Radclyffe, Mark Norman, el comandante A.H.W. Peter Norton, Jorge Psijundakis, John Pumphrey, el general de brigada Ray Sandover, Jack Smith-Hughes, John Stanley, Ralph Stockbridge, el difunto Niko Suris, el doctor R.E.S. Tanner, el

reverendo Stephen Verney, Michael Ward, sir Peter Wilkinson, el difunto Gerry de Winton y el honorable C.M. Woodhouse.

Estoy también en deuda con Vincent Williams, el secretario general de la Asociación Británica de Veteranos de Creta (UKCVA), y con los miembros de esta y otras asociaciones afines que me brindaron amablemente sus recuerdos: Tom Barratt, Tom Bevan, R. B. Brown, J. Clayton, Horace Cowley, Alexander Dow, el capitán de corbeta T. J. Gibbons, Alfred Gotts, el capitán de corbeta F. M. Hutton, Clifford Pass, Kenneth Stalder y Norman Swift, así como con Vasiliios Furakis y Eleuteris Tsinakis.

Quisiera dar las gracias asimismo a quienes me han ayudado de otra forma, bien compartiendo generosamente conmigo los resultados de sus investigaciones, bien aportando elementos de información de fuentes inesperadas, bien sugiriendo ideas útiles para seguir rastreando: Joan Bright Astley, Evangelos Cristu, Antony Contomichaelos, Michael Davie, el general de brigada Christopher Dunphie, M.R.D. Foot, Imogen Grundon, Edward Hodgkin, Penelope Hope, Charles Messenger, sir David Miers, Nigel Nicolson, Bernard Redshaw, Hugo Vickers y Christopher Woods.

Tengo una deuda de gratitud con quienes me ayudaron en mis investigaciones en Grecia y la hicieron tan agradable: con John Craxton en Canea; Marión Tzanakis, el cónsul británico, en Iraklion; el capitán de la armada real Richard Evans, agregado de la armada y el ejército del aire en la embajada británica de Atenas; el Excmo. Sr. Richard Woods, antiguo embajador de Nueva Zelanda ante Grecia; por último, con el almirante Evangelos Sakelariu, el teniente coronel Muntakis y el personal del Museo de la Guerra de Atenas.

Debo dar las gracias también a quienes me han enviado cartas, diarios, fotografías y, en particular, informes no publicados, algunos de los cuales no sólo han sido útiles, sino vitales.

A Hugh Fraser, miembro de la Misión militar británica en Creta, que me cedió con prodigalidad su tiempo desentrañando y traduciendo documentos y relatos útiles sobre la resistencia. Al doctor Detlef Vogel, del Instituto de Investigaciones de Historia Militar de Friburgo, que tuvo la amabilidad de enviarme reproducciones de documentos alemanes reveladores y de comunicarme las observaciones que le habían suscitado sus investigaciones sobre el tema.

A los testigos o expertos que, tras leer y comentar diversos capítulos, no sólo me sacaron de mi error, sino que en muchas ocasiones arrojaron nueva luz sobre cada caso. Debo agradecer especialmente al comandante Edward Thomas que examinara todos los pasajes relacionados con el sistema Ultra, al general de división Michael Forrester y a lord Jellicoe que estudiaran todos los extractos sobre las *razzias* del Special Air Service Regiment y del Special Boat Squadron del Reino Unido, así como a todos los miembros de la Misión militar británica en Creta y a Manos Manuskakis, que también leyeron la tercera parte, en ocasiones varias veces, y telefonearon a su red de colegas de la resistencia en Grecia para comprobar la veracidad de algunos de los acontecimientos narrados. Los errores que hayan subsistido, naturalmente, son de mi entera responsabilidad.

He tenido la fortuna de recibir un fuerte aliento y ayuda de mis editores, John Murray, editores y amigos de varias generaciones de mi familia. Grant McIntyre me brindó excelentes consejos e hizo gala de una admirable disciplina, mientras Gail Perkis fue el revisor perfecto, que supo contradecir con un tacto exquisito pasajes torpes y confusos y ofrecerme soluciones redondas cuando me bloqueé.

Reservo mi mayor agradecimiento para mi mujer, Artemis Cooper. Si no hubiera sobrellevado prácticamente sola la carga de la enfermedad de nuestra hija, no habría logrado jamás acabar este libro a tiempo.

Primera Parte

La caída de Grecia

1

Misiones militares

La noche posterior a la salida de las últimas tropas británicas de las playas de Dunkerque, un hombre alto con un ojo de cristal se despedía de su mujer sobre la escalinata del Oxford and Cambridge Club. Era la víspera de su partida en hidroavión hacía Grecia. No volvieron a verse. Un año más tarde, herido grave en la batalla de Creta, era recostado sobre una pared por los paracaidistas alemanes y fusilado.

John Pendlebury era arqueólogo y, a pesar de su condición de «wykehamista»^[1] y de unos antecedentes en extremo convencionales, un romántico apasionado. Llevaba siempre consigo un bastón de estoque que, según decía, era el arma perfecta contra los paracaidistas. En Creta llegó a ser más conocido como marchamo de su persona que el ojo de cristal, que solía dejar sobre su escritorio para indicar su ausencia cuando se iba a las montañas, a consultar a los capitanes de la guerrilla.

Como tantos catedráticos y arqueólogos, había sido reclutado en 1938 por un departamento especial del Ministerio de Guerra llamado Military Intelligence (Research)

(MI(R)), el predecesor de la Junta de Operaciones Especiales (SOE, Special Operations Executive). Dado el excelente conocimiento de Creta que adquirió en su época de custodia en Cnosós, a mediados del decenio de 1930, Pendlebury era un candidato obvio para las operaciones especiales en esa isla. Pero cuando estalló la guerra y no fue convocado, regresó a Inglaterra para desempeñar una misión especial en un regimiento de caballería.

Finalmente fue llamado en mayo de 1940, tras el comienzo de la ofensiva alemana contra los Países Bajos y Francia. Ante la inminencia de la entrada de Italia en la guerra y el interés alemán por los Balcanes, y en particular por los yacimientos petrolíferos de Rumanía, todo parecía indicar que el Mediterráneo oriental sería el próximo campo de operaciones. Otro arqueólogo conocedor del griego que aceptó el uniforme de camuflaje del MI(R) en mayo de 1940 fue Nicholas Hammond, catedrático de Cambridge. Hammond y Pendlebury asistieron a un curso acelerado sobre explosivos, lo que habría de constituir la especialidad del primero: una cualidad inverosímil en un futuro rector y catedrático de griego de la Universidad de Clifton. Hammond era un experto en Epiro y Albania. En Londres, antes de salir de misión, Pendlebury insistió —con más ironía que paranoia— en que, como medida de seguridad, conversaran siempre por teléfono en griego: Hammond en dialecto epirótico y Pendlebury en cretense.

Aunque mayor que la mayoría de quienes se presentaban voluntarios para acciones de sabotaje o para integrarse en los grupos de retaguardia, Pendlebury era uno de los que más en forma estaban. Ya en sus tiempos de Cambridge había descollado como corredor y saltador de altura y, siendo miembro del Achilles Club, había trabado amistad con Harold Abrahams y lord Burghley. En un ejercicio previo a la guerra realizado en Cnosós, había recorrido más de mil seiscientos kilómetros por las montañas cretenses.

Con un preaviso de apenas un día, los cuatro miembros del MI(R) destinados a Grecia y Albania fueron citados por el Ministerio de Guerra. Se trataba de Pendlebury, Hammond, un empresario de Zagreb y otro arqueólogo, David Hunt, un catedrático becado en el Magdalen College que fue diplomático después de la guerra. El 4 de junio fueron escoltados hasta la estación Victoria por un oficial de los Foot Guards en impecable uniforme de servicio, con pantalones de montar, botas relucientes y casco de gala. Entre el trájín de los exhaustos evacuados de Dunkerque, su presencia inmaculada aportaba una de esas pinceladas surrealistas que constituyen una de las grandes e inconscientes especialidades del *establishment* británico, sin saber cuál sería su derrota. El profundo avance de las columnas alemanas en Francia obligó al piloto a dar un gran rodeo. Para repostar amerizó en Arcachon, al sur de Burdeos, y luego en Sète, Bizerta, Malta y Corfú. En Atenas se denegó el permiso de entrada a todos los pasajeros menos a Pendlebury, porque sus vestimentas, propias de «empresarios» y «funcionarios», inspiraron recelos. Durante el periodo que precedió a la invasión italiana, el gobierno griego se mostró vigilante ante cualquier maniobra británica que pudiera comprometer su neutralidad.

Pendlebury, en su condición de antiguo custodio de Cnosós, pudo entrar en el país. Al poco saltó a Creta, donde comenzó a contactar con amigos durante sus interminables caminatas y a preparar grupos de resistencia contra la invasión de una isla de tanta importancia estratégica.

Al vetárseles la entrada en Grecia, Hammond y Hunt no tuvieron más opción que seguir hasta Egipto, donde fueron adscritos al 1.er batallón del regimiento galés de Alejandro. Este batallón demostró más adelante su valor militar en Creta pero, para quienes se habían presentado voluntarios como milicianos, la rutina del tiempo de paz resultaba asfixiante. «Todos los domingos los oficiales celebraban una fiesta de las doce de la noche a las tres de la madrugada».

da (exclusivamente con cócteles de champán), a la que invitaban a las personas jóvenes y hermosas de Alejandría. A las tres todos nos sentábamos a comer rosbif y Yorkshire pudding.^[2] La temperatura solía ser estable, rondaba los 32 grados Celsius». ^[3] Como Italia declaró la guerra el 10 de junio, dos días después de que Hammond y Hunt llegaran a Alejandría, esta curiosa existencia no duró demasiado.

Aquel verano, mientras los británicos se preparaban para repeler la invasión y se producían las primeras escaramuzas en el desierto occidental, el régimen del dictador griego, general Ioannis Metaxas, perfectamente consciente de la amenaza que suponía el ejército italiano que había ocupado Albania en abril de 1939, hizo cuanto pudo por evitar el enfrentamiento.

El gobierno de Atenas llegó a ignorar el hundimiento por un submarino italiano de su crucero *Helle* mientras hacía funciones de navío de guarda ceremonial durante las celebraciones religiosas de la isla de Tinos. Esa moderación excepcional no les valdría de nada.

Como la invasión italiana de Grecia, iniciada el 28 de octubre de 1940. Mussolini quería en un principio invadir Yugoslavia, pero Hitler vetó firmemente su propuesta. Las materias primas yugoslavas tenían casi tanta importancia para la empresa bélica germana como el petróleo de Rumanía. En cierto sentido, resulta sorprendente que Hitler no vetara también la invasión de Grecia. Había sido avisado en infinidad de ocasiones de las intenciones italianas y puede darse por cierto que Mussolini se lo comentó durante un aparte en la reunión de Brenner, celebrada el 4 de octubre.

El *Duce* presentó su futura campaña como parte de un doble ataque simultáneo a las posiciones británicas en el Mediterráneo oriental: la captura de Mersa Matruh debía ir seguida por el dominio italiano del Egeo. Por aquel enton-

ces, ese plan encajaba con la «estrategia periférica» de Alemania, consistente en atacar el Reino Unido de cualquier forma menos por medio de un asalto directo. Pero Hitler no había calibrado plenamente el talento del régimen italiano para el desastre.

Emanuele Grazzi, el ministro que representaba a Italia en Atenas, despertó al general Metaxas a las tres de la madrugada para presentarle un ultimátum, sin conocer siquiera sus condiciones exactas. Esta mascarada diplomática constituía un insulto, además de un agravio, puesto que, en ese momento, las tropas italianas ya habían atravesado la frontera albanesa. El general Papagos, jefe del estado mayor griego, telefoneó al coronel Blunt, el agregado militar británico, menos de media hora después. Blunt se dirigió de inmediato a los locales del cuartel general, donde comprobó que reinaba una sangre fría digna de encomio en vista de las circunstancias.

Las manifestaciones populares que tuvieron lugar el día siguiente mostraron que el país se había unido de manera instintiva. El «¡no!» con que replicó Metaxas a Grazzi todavía se conmemora todos los años el 28 de octubre, el día de fiesta nacional, conocido como «día ohi». Arrebatados por la fiebre patriótica, tanto los partidarios de Venizelos, liberales antimonárquicos, como la izquierda, olvidaron temporalmente que la dictadura regalista de Metaxas había violado la Constitución y proscrito a la oposición.

Metaxas, con la autoridad del recientemente restaurado rey Jorge II, había prohibido los partidos políticos en virtud de un decreto de 4 de agosto de 1936. Su dominio fue apuntalado por la policía ordinaria y secreta de su fiel secuaz, Constantinos Maniadakis, ministro de Seguridad Nacional.

La preocupación constante de los regalistas y liberales griegos por la Constitución había consistido durante mucho tiempo en una contienda de orden secundario que les permitió ignorar el problema real de su nación: la división en-

tre una capital ensimismada y el campo y las islas, patéticamente descuidados. Este fracaso de las dos principales fuerzas políticas, seguido por la dictadura metaxista, que fue conocida como el «cuarto régimen de Augusto», brindó posteriormente a los comunistas una oportunidad en la Grecia continental.

El paralelo con la situación española resulta sorprendente. La diferencia en el curso de los acontecimientos que condujo en ambos casos a la guerra civil reside principalmente en la secuencia cronológica. En España, la dictadura de Primo de Rivera durante el decenio de 1920 contuvo la explosión hasta la segunda mitad de la década de 1930. En Grecia, la idéntica pretensión de Metaxas de imponer el orden militar sobre el caos civil fue seguida por la campaña albanesa y la ocupación alemana. Eso hizo que la explosión quedara postergada hasta el final de la segunda guerra mundial, poco después de que las tropas británicas llegaran a Atenas.

El 28 de octubre de 1940, el ministro británico sir Michael Palairt fue aclamado cuando apareció en el balcón de la Legación británica tanto por los partidarios del régimen como por sus opositores. La Legación, sita en una gran mansión rosa y blanca de la avenida Kifisia, había sido propiedad de Eleuterios Venizelos, el gran estadista liberal de la primera guerra mundial, cuya postura proaliada había contribuido a la deposición del rey Constantino, proalemán y padre del rey Jorge II. En la Creta natal de Venizelos, la explosión de patriotismo estuvo a punto de provocar la destrucción de la fuente Morosini de Iraklion, que databa de principios del siglo XVII, porque era veneciana y, por lo tanto, «enemiga».

Los reservistas no esperaron a recibir su llamada a filas: se presentaron de inmediato. Los entusiastas soldados, hacinados en los trenes que partían hacia el frente, dispararon a modo de salva aproximadamente un millón de cartuchos. Muchas unidades se dirigieron al frente a pie, pues el trans-

porte motorizado era casi desconocido en el ejército griego. En las montañas Pindus, los hombres, mujeres y niños ofrecían sus personas y sus animales de tiro para transportar las municiones y los avituallamientos por ese terreno escarpado y sin carreteras. A los pocos días, el avance italiano se detuvo.

Creando que su campaña sería prácticamente una marcha triunfal, el ejército italiano de Albania no había sido dotado de unidades de ingenieros. Los errores de estrategia (como una avanzadilla fútil en la masa montañosa de Epiro en lugar de dirigirse directamente hacia el puerto clave de Salónica) exasperaron a Hitler tanto como la incompetencia con la cual se llevó a cabo la campaña. Simuló no haber sido informado con antelación de los pormenores de la empresa.

En lugar de la breve campaña que habría impedido la entrada del enemigo en el continente europeo, Hitler comprobó que la campaña de Mussolini volvía a poner sobre el tapete el compromiso británico con la independencia de Grecia asumido en abril de 1939, tras la invasión italiana de Albania. En Salzburgo, el 18 de noviembre, el *Führer* dio a entender al ministro de Exteriores italiano, conde Ciano, que la llegada de bombarderos de la Royal Air Force a la región donde se concentraba su principal fuente de suministro, los yacimientos de Ploesti, era culpa de Mussolini.

La preocupación de Hitler por esos yacimientos se agravó cuando quedó claro que sus maniobras para disipar las suspicacias rusas por la presencia de tropas alemanas en Rumanía habían fracasado. La amenaza de que se abriera un nuevo frente en su retaguardia inmediata pasó a ser una de sus mayores inquietudes.

Fue necesario reformular el plan original del estado mayor de invadir Grecia (operación Marita) y Gibraltar (operación Félix), en aplicación de la «estrategia periférica» contra los dominios imperiales británicos en el Mediterráneo. La imperturbable intransigencia del general Franco hizo impo-

sible la operación Félix pero, fuere como fuere, Hitler, que tenía puestas sus ambiciones en Rusia, perdió interés por el Mediterráneo. Por su parte, la operación Marita había adquirido más importancia que nunca. Había que reforzar los flancos para el próximo avance hacia el este.

Los temores de Hitler eran excesivos. La presencia de la RAF en Grecia era mucho más testimonial de lo que imaginaba, ya que el gobierno de Metaxas se negaba a permitir que los británicos realizaran cualquier operación contra los yacimientos petrolíferos rumanos. Un grupo improvisado de escuadrones aéreos, bajo el mando del general de división D'Albiac (consistente en un primer momento sobre todo en aviones Blenheim y Gladiator), fue enviado desde Egipto para apoyar al ejército griego en el frente albanés. Para no provocar a los alemanes, los bombarderos no podían estacionar más allá de Eleusis y Tatoi, dos lugares próximos a Atenas.

Para esa avanzadilla —a cuyos componentes se les había anunciado de pasada, en su tienda de campaña en el desierto, «Mañana partís hacia Grecia»—, amerizar con un hidroavión Sunderland en la estación aérea naval de Falerón, junto a Atenas, fue un episodio conmovedor.^[4] Eran las primeras fuerzas británicas que volvían a pisar abiertamente territorio europeo desde la caída de Francia.

Los jóvenes pilotos que participaban tenían la actitud despreocupada característica de la época. En el escuadrón 211, muchos eran entusiastas de las carreras de coches y se habían conocido en el *paddock* de Brooklands. Motejaban compulsivamente todos los objetos y personas que les rodeaban, dando a los aviones apodos como «Bloody Mary» y «Caminix» y, a los pilotos, motes como «el obispo» Gordon-Finlayson, «chispa» Pearson o «tembleque» Dawson.

Pronto se acostumbraron a su nueva vida. De día lanzaban ataques aéreos sobre los puertos albaneses de Durazzo y Valona, siguiendo un esquema peligrosamente repetitivo, conocido con el nombre de operaciones «misma hora, mis-